

Capítulo primero

*En el que se habla, sobre todo,
de nombres y de lazos de familia*

Esta historia comienza, como casi todas las cosas, con una canción.

Al principio sólo existían las palabras, y llegaron acompañadas de una melodía. Así es como se creó el mundo, como la nada fue dividida, como la tierra y el firmamento y los sueños, los dioses menores y los animales, todos ellos, tomaron forma corpórea.

13

Fueron cantados.

Los grandes animales cobraron vida también al ser cantados, una vez que el Cantante hubo creado los planetas, los montes, los árboles, los océanos y los animales más pequeños. Fueron cantados los abismos en los confines del mundo, y los paraísos, y también las tinieblas.

Las canciones permanecen. Perduran. Una canción puede convertir en botón a un emperador o derrocar dinastías. Seguirá viva mucho tiempo después de que los hechos que narra y sus protagonistas se hayan transformado en polvo y sueños, condenados al olvido. Tal es el poder de una canción.

Pero las canciones tienen, además, otras utilidades. No sirven sólo para crear mundos o recrear la existencia. El padre de Gordo Charlie Nancy, por ejemplo, se iba a servir de ellas en aquel momento para pasar lo que él esperaba y deseaba que fuera una maravillosa velada fuera de casa.

Antes de que el padre de Gordo Charlie entrara en el bar, el barman tenía la impresión de que aquella noche de karaoke iba

a ser un completo fracaso, pero, entonces, aquel tipo bajito entró muy ufano en el local y pasó por delante de la mesa de un grupo de mujeres rubias, quemadas por el sol y sonrientes, típicas turistas, que estaban sentadas junto al pequeño escenario improvisado en un rincón. Se tocó el sombrero a modo de saludo—llevaba un sombrero fedora, impecable, de fieltro verde con ala curvada, y guantes amarillo limón— y luego se acercó a la mesa. Las chicas le recibieron con una risita tonta.

—¿Se divierten, señoras?—preguntó.

Ellas siguieron riendo y le respondieron que sí, que lo estaban pasando muy bien, gracias, y que estaban allí de vacaciones. Él les dijo: «La cosa se va a poner aún mejor, esperen a ver».

El tipo era mayor que ellas, bastante mayor, pero era la gracia personificada, parecía sacado de otra época en que la corte-sía y los buenos modales todavía significaban algo. El barman se relajó. Con alguien así en el bar, la noche se daría bien.

Hubo karaoke. La gente bailó. El hombrecillo salió a cantar, subió al improvisado escenario, y no una vez, sino dos. Tenía una bonita voz, y una sonrisa aún más espléndida, y sus zapatos relucían al bailar. La primera vez que subió al escenario, cantó *What's New Pussycat?* La segunda vez que subió, le arruinó la vida a Gordo Charlie.

14

Gordo Charlie sólo fue gordo unos cuantos años, desde poco antes de cumplir los diez—que fue cuando su madre anunció a los cuatro vientos que si había alguien de quien no quería volver a saber nada en toda su vida (y si el caballero en cuestión tenía algo que objetar al respecto se podía meter sus objeciones exactamente por donde ya sabéis) era de aquel viejo fantoche con el que había cometido el desgraciado error de casarse, y que tenía intención de largarse a la mañana siguiente muy lejos de allí, y que más le valía no intentar siquiera ir tras ella—hasta los catorce años, edad en la que Gordo Charlie dio un estirón y empezó a hacer más ejercicio. No estaba gordo. A decir verdad, ni siquiera estaba rellenito, simplemente su contorno tenía un aspecto un tanto fofo. Pero ya nunca pudo hacerse del sobrenombre de Gordo Charlie; era como un chicle

pegado en la suela de una zapatilla. Él se presentaba como Charles o, recién cumplidos los veinte, como Chaz o, por escrito, como C. Nancy, pero era inútil: su apodo terminaba por abrirse paso, se infiltraba en aquella nueva etapa de su vida del mismo modo que las cucarachas se cueplan por las rendijas y salen de detrás de la nevera invadiéndolo todo en una cocina nueva y, le gustara o no—que no le gustaba—acababa siendo otra vez Gordo Charlie.

Ello se debía, estaba convencido, irracionalmente convencido, a que había sido su padre quien le había puesto aquel mote, y cuando su padre te adjudicaba un nombre, te quedabas con él.

Había un perro que vivía en la casa de enfrente, en Florida, en la calle donde creció Gordo Charlie. Era un bóxer de pelo castaño, con largas patas y orejas de punta que, por su cara, parecía seguir siendo un cachorro que se hubiera dado de brucees contra una pared. Andaba con la cabeza erguida y el muñón del rabo bien tieso. Era, sin lugar a dudas, un aristócrata de la raza canina. Había llegado a competir en varios concursos. Tenía medallas como el Mejor de Raza y Mejor de Grupo e incluso una que lo reconocía como el Mejor de la Muestra. Aquel perro ostentaba con orgullo el nombre de *Macimory Arbutnot Campbell VII*, y sus dueños, en la intimidad, le llamaban *Kai*. Así fue hasta el día en que el padre de Charlie el Gordo, sentido en el desveneciado coluppio del porche de la casa familiar, bebiendo una cerveza, se fijó en el perro que andaba de acá para allá en el jardín de enfrente, entre la palmera a la que estaba atado y la valla.

—Mendoza cara de lelo tiene ese perro—dijo el padre de Gordo Charlie—. Igualito que el amigo ese del pato Donald. ¡Eh, *Goofy!**

Y el que una vez fuera el Mejor de la Muestra de repente dio un patinazo y ya no volvió a ser el mismo. Para Gordo Charlie fue como si desde ese momento viera al perro a través de los ojos de su padre, y lo viera lelo de verdad, bien mirado. Casi parecía mentira.

No pasó mucho tiempo antes de que el mote corriera de

15

* En inglés, el término *goofy* significa «tontorrón, bobalicon». (N. de la T.)

boca en boca por toda la calle. Los dueños de *Macinnory Arbuthnot Campbell VII* se rebelaron, pero era como escupir contra el viento. Hasta los extraños le daban palmaditas en la cabeza al otrora orgulloso bóxer, diciendo: «Hola, *Goofy*. ¿Qué tal, chico?». Sus dueños dejaron de presentarlo a concursos poco tiempo después de aquello. Ya no tenían valor para hacerlo. «Tiene cara de lelo», sentenciaban los jueces.

Los motes acuñados por el padre de Gordo Charlie eran definitivos. Sin más.

Pero aquella estaba lejos de ser la peor cualidad de su padre. Habían sido varias, a lo largo de la infancia de Gordo Charlie, las cualidades candidatas al título de peor: su ojo estrábico y sus igualmente inquietas manos, a juzgar por lo que decían las jovencitas del vecindario, que trasladaban sus quejas a la madre de Gordo Charlie, armándose entonces la marimorena; los pequeños cigarrros negros que solía fumar y que él llamaba puritos, cuyo olor se quedaba impregnado en cualquier cosa que el hombre tocara; su afición a una peculiar variante del claqué, en la que se arrastran los pies y que debió de estar de moda, sospechaba Gordo Charlie, durante una media hora en el Harlem de los años veinte; su total y obstinada ignorancia de lo que ocurría en el mundo, combinada con su aparente convencimiento de que las comedias televisivas eran auténticos reportajes de una hora sobre las vidas y peripecias de la gente normal. De entre todas éstas, en opinión de Gordo Charlie, ninguna era, por sí sola, la peor cualidad de su padre, aunque, sumadas todas ellas, representaban lo peor de él.

Lo peor del padre de Gordo Charlie era sencillamente una cosa: le avergonzaba.

Sin duda, todos los padres son motivo de vergüenza para sus hijos. Son gajes del oficio. La naturaleza misma de todo padre es avergonzar a sus hijos por el mero hecho de existir, del mismo modo que la naturaleza de los hijos a cierta edad es morir de vergüenza, ruborizarse hasta las orejas y padecer un infierno tan sólo con que sus padres les dirijan la palabra por la calle.

El padre de Gordo Charlie, sin embargo, lo había elevado a la categoría de arte, y disfrutaba con ello del mismo modo que

disfrutaba gastando bromas, bromas que iban de lo más sencillo —Gordo Charlie jamás olvidaría la primera vez que le hizo la petaca en la cama— a la sofisticación más imaginable.

—¿Por ejemplo? —preguntó Rosie, la prometida de Gordo Charlie, una noche en que Gordo Charlie, que no solía hablar de su padre, intentaba explicarle, a trompicones, por qué estaba tan convencido de que invitar a su padre a la boda era una idea espantosamente mala. Estaban en una pequeña taberna de la zona sur de Londres. Hacía ya muchos años que Gordo Charlie había llegado a la conclusión de que siete mil kilómetros con el océano Atlántico de por medio era la única distancia prudente entre él y su padre.

—Pues... —respondió Gordo Charlie, y por su mente desfilaron un montón de recuerdos humillantes que le provocaron una sucesión de calambres en los dedos de los pies. Se decidió a contarle uno de ellos—: Pues verás, cuando me cambié de colegio, siendo todavía un crío, mi padre me contó lo mucho que le gustaba el Día del Presidente cuando era niño, porque existe una ley según la cual, ese día, a los niños que van a la escuela disfrazados de su presidente favorito les premian con una enorme bolsa llena de chucherías.

—Una bonita ley —dijo Rosie—, ya me gustaría a mí que existiera una parecida en Inglaterra.

Rosie no había salido nunca del Reino Unido, sin contar un viaje organizado a una isla situada, creía ella recordar, en algún lugar del Mediterráneo. Tenía los ojos castaños, de mirada tierna, y buen corazón, aunque la geografía no era precisamente su punto fuerte.

—No es una bonita ley —replicó Gordo Charlie—, no es una ley, de hecho. Se lo inventó todo. Es más, ese día es festivo en casi todos los estados, pero ni siquiera en los que no lo es existe la tradición de ir disfrazado como tu presidente favorito. No hay ninguna ley del Congreso sobre premiar con una bolsa de golosinas a los niños que se disfracen, ni determina en ningún sentido tu futura popularidad en la escuela o en el instituto el presidente que escojas; casi todos optaban por los más obvios, Lincoln, Washington o Jefferson, pero los que tenían más posibilidades de aumentar su popularidad eran los que elegían a

John Quincy Adams, Warren Gamaliel Harding u otros por el estilo. Y trae mala suerte hablar de ello antes del Día del Presidente. Quiero decir, no es así, pero él decía que sí.

—¿Se disfrazaban los niños y las niñas?

—Sí, sí. Niños y niñas. Así que la semana anterior al Día del Presidente me la pasé leyendo todo lo que pude encontrar sobre los presidentes de Estados Unidos en la *World Book Encyclopedia*, tratando de averiguar cuál era el mejor.

—¿Y en ningún momento se te pasó por la cabeza que te estaba tomando el pelo?

Gordo Charlie negó con la cabeza.

—Cuando mi padre empieza a liarre, ni siquiera te lo plan-teas. Es el mentiroso más hábil que te puedas imaginar. Es muy convincente.

Rosie bebió un sorbo de chardonnay.

—¿Y al final de quién te disfrazaste para ir a la escuela?

—Taft. Vigésimo séptimo presidente de Estados Unidos. Me puse un traje marrón que mi padre había encontrado por ahí, con el pantalón remangado y un almohadón a modo de berriga. Me pintaron un bigote. Aquel día fue mi padre quien me llevó a la escuela. Yo entré de lo más orgulloso. Los demás niños empezaron a gritar y a señalarme con el dedo, y en un momento dado me escondí en una de las cabinas del lavabo de chicos y me eché a llorar. No me dejaron volver a casa a cambiarme. Tuve que pasarme todo el día con aquella pinta. Fue un infierno.

—Deberías haberte inventado algo —dijo Rosie—, que te-nías una fiesta de disfraces a la salida o algo por el estilo. O, simplemente, podías haberles contado la verdad.

—Ya, claro —replicó Gordo Charlie en tono elocuente y pesadoso, recordando el suceso.

—¿Qué dijo tu padre cuando volviste a casa?

—Oh, se murió de risa. Primero se rio un poco, luego más fuerte y al final estalló en carcajadas. Y finalmente me dijo que «a lo mejor ya no hacen eso en el Día del Presidente. Venga, ¿por qué no nos vamos a la playa a buscar sirenas?».

—¿Buscar... sirenas?

—Nos íbamos a la playa y nos poníamos a pasear por la

orilla, y él se ponía a hacer el ridículo como jamás ninguna otra persona sobre la faz de la Tierra ha sido capaz de hacerlo... Se dedicaba a cantar y a bailar arrastrando los pies sobre la arena mientras decía cosas a la gente, personas a las que ni siquiera conocía, a las que no había visto en su vida, y yo lo odiaba, pero él me decía que había sirenas en las aguas del Atlántico, y que si era lo bastante rápido y miraba con atención, podría ver alguna. «Allí —me decía—, ¿la has visto? Era grande y pelirroja, con la cola verde.» Y yo miraba y miraba, pero nunca la veía.

Sacudió la cabeza. Luego, cogió un puñado de frutos secos del cuenco que estaba sobre la mesa y los fue tirando al aire uno a uno para atraparlos con la boca, masticándolos como si cada uno de ellos fuera una humillación de veinte años que ¡a-más podría olvidar.

—Bueno —dijo Rosie en tono jovial—, a mí me parece un tipo encantador, ¡todo un personaje! Tenemos que encontrarle para que venga a la boda. Será el alma de la fiesta.

Eso, le explicó Gordo Charlie, después de atragantarse con una nuez del Brasil, es en realidad lo último que quieres el día de tu boda, ¿verdad?, que tu padre se presente allí y se convierta en el alma de la fiesta. Le dijo que su padre era, sin lugar a dudas, la persona más ridícula que había pisado nunca la faz de la Tierra. Y añadió que se alegraba muchísimo de no haber visto en muchos años a aquel viejo cabrón, y que lo mejor que había hecho su madre en toda su vida había sido abandonar a su padre y marcharse a Inglaterra a vivir con su tía Alanna. Enfatizó sus palabras afirmando categóricamente que se dejaría matar una, dos y hasta tres veces antes de invitar a su padre. De hecho, dijo Gordo Charlie ya para terminar. Lo mejor de darse era que no tenía que invitar a su padre a la boda.

Y entonces, Gordo Charlie vio la expresión que Rosie tenía en la cara y el gélido centelleo en sus ojos, habitualmente afables, y se apresuró a corregir lo que acababa de afirmar, explicándole que había querido decir la segunda mejor cosa, pero ya era demasiado tarde.

—Pues vas a tener que ir haciéndote a la idea —dijo Rosie—. Después de todo, una boda es una ocasión perfecta para

cerrar viejas heridas y tender puentes. Te dará la oportunidad de demostrarle que no le guardas rencor.

—Pero es que sí le guardo rencor —replicó Gordo Charlie—. Y mucho.

—¿Tienes una dirección donde se le pueda localizar? —preguntó Rosie—. ¿O un número de teléfono? Creo que deberías llamarle, mejor. Una carta resulta algo impersonal cuando el que se casa es tu único hijo... Porque eres su único hijo, ¿verdad? ¿Tiene correo electrónico?

—Sí. Soy su único hijo. Y no tengo ni idea de si tiene correo electrónico o no. Probablemente, no —respondió Gordo Charlie. Las cartas eran un buen medio de comunicación, pensó. Para empezar, podían perderse por el camino.

—En fin, tendrás alguna dirección o un número de teléfono.

—Pues no —dijo Charlie, y era sincero.

A lo mejor su padre se había mudado. Podría haberse marchado de Florida y haberse ido a otro lugar donde no hubiese teléfonos. Ni direcciones.

20

—Vale —replicó Rosie, hosca—. ¿Y quién puede tenerlos? —La señora Higglar —respondió Gordo Charlie, dándose por vencido.

Rosie le sonrió con dulzura.

—¿Y quién es la señora Higglar? —preguntó.

—Una amiga de la familia —replicó Gordo Charlie—. Cuando yo era niño, vivía en la casa de al lado.

Había hablado con la señora Higglar varios años antes, cuando su madre estuvo a punto de morir. La había llamado por teléfono, a petición de su madre, para que avisara al padre de Gordo Charlie y le dijera que se pusiera en contacto con ellos. Y unos días después, Gordo Charlie se encontró un mensaje en el contestador —habían llamado mientras él estaba trabajando— con la inconfundible voz de su padre, aunque parecía bastante más viejo y un poco borracho.

El mensaje decía que no era un buen momento, y que sus negocios no le permitían abandonar el país. Y luego añadía que, ante todo, la madre de Gordo Charlie era una mujer de bandera. Varios días después, llegó un centro de flores al hospital. La madre de Gordo Charlie soltó un bufido al leer la nota.

—¿Se cree que voy a dejarme conquistar tan fácilmente? —dijo—. Algo está tramando, de eso estoy segura.

Pero le pidió a la enfermera que colocara las flores en un lugar preferente junto a su cama y, desde ese momento, no dejó de preguntarle a Gordo Charlie si su padre había dicho algo de venir a verla antes de morir.

Gordo Charlie le contestaba que a él no le había dicho nada. Llegó a odiar aquella pregunta, y lo que él le respondía, y la expresión de la cara de su madre al oír su respuesta: no, su padre no iba a venir.

El peor día de todos, en opinión de Gordo Charlie, fue el día en que el médico, un hombre bajito y antipático, cogió a Gordo Charlie en un aparte y le dijo que ya no le quedaba mucho tiempo, que su madre se estaba consumiendo muy rápido, y que ya sólo podían hacerle más llevaderos sus últimos días.

Gordo Charlie asintió y volvió junto a su madre. Ella le cogió la mano, y le estaba preguntando si se había acordado de pagar su factura del gas, cuando empezó a armarse un follón en el pasillo —estampidos, ruido de pisadas, un repiqueteo, algo así como una orquesta con sus metales, su percusión y un con-trabajo—, la clase de estruendo que no suele oírse en los pasillos de un hospital, donde tienen unos carreles en las paredes que ruegan silencio y las feroces miradas de las enfermeras se encargan de que la gente los obedezca.

El estrépito era cada vez mayor.

Por un momento, Gordo Charlie pensó que podía ser un ataque terrorista. Sin embargo, su madre sonrió débilmente al oír aquello.

—*Pájaro amarillo* —susurró.

—¿Qué? —preguntó Gordo Charlie, temiendo que hubiera empezado ya a delirar.

—*Pájaro amarillo* —dijo ella un poco más alto y con voz más firme—. Es la canción que están tocando.*

* *Yellow Bird*: canción jamaicana que cuenta la historia de un pájaro amarillo cuya hembra lo ha abandonado y se ha hecho un nuevo nido lejos de él. (N. de la T.)

21

Gordo Charlie salió a la puerta a mirar.

Avanzando por el pasillo, sin hacer caso de las protestas de las enfermeras, de las miradas de asombro de los pacientes en pijama y de sus respectivos familiares, venía hacia su habitación lo que parecía una muy reducida banda de jazz de Nueva Orleans. Había un saxofón y una gran tuba circular y también una trompeta. Había un hombre gigantesco que llevaba algo parecido a un contrabajo colgado del cuello. En efecto, era un contrabajo y el hombre tocaba con energía. Y abriendo la marcha, ataviado con un elegante traje a cuadros, un sombrero fedora de fieltro verde con el ala curvada, y guantes amarillo limón, venía el padre de Gordo Charlie. No tocaba ningún instrumento, pero venía bailando ese claqué tan particular por el brillante linóleo del suelo del hospital, quitándose el sombrero ante cada uno de los médicos que se cruzaba por el camino y estrechando la mano de cuantos se acercaban para hablar con él o expresarle sus quejas.

Gordo Charlie se mordió el labio y le suplicó a quienquiera que pudiera estar escuchándole que se abriera la Tierra y lo tragara de inmediato o, de no ser ello posible, que le diera en ese mismo momento un fulminante, piadoso e irreparable infarto. No hubo suerte. Él se quedó en el mundo de los vivos, la banda siguió avanzando, su padre siguió bailando y estrechando manos y sonriendo.

«Si hay justicia en este mundo —pensó Gordo Charlie—, mi padre seguirá avanzando por el pasillo y pasará por delante de nuestra sala y seguirá hasta el departamento de Urología»; sin embargo, no hubo justicia, y su padre se paró al llegar a la puerta de la sala de Oncología.

—¡Gordo Charlie! —le saludó en voz lo suficientemente alta como para que a todos los que estaban en aquella sala, en aquella planta, en el hospital, les quedara bien claro que aquel tipo conocía a Gordo Charlie—. Gordo Charlie, quítate de en medio. Ha llegado tu padre.

Gordo Charlie se quitó de en medio.

La banda, encabezada por el padre de Gordo Charlie, desfiló por la sala y se dirigió a la cama que ocupaba la madre de Gordo Charlie. Ella levantó la vista al verlos llegar y sonrió.

—*Pájaro amarillo* —dijo con voz débil— es mi canción preferida.

—¿Y qué clase de hombre sería yo si lo hubiera olvidado?

—preguntó el padre de Gordo Charlie.

Ella sacudió la cabeza lentamente y alargó la mano para apretar la mano de él, enfundada en el guante amarillo limón.

—Disculpe —dijo una menuda mujer de blanco con una carpeta en la mano—, ¿vienen con usted estas personas?

—No —respondió Gordo Charlie, ruborizándose—. No vienen conmigo. La verdad es que no.

—Pero ésa sí es su madre, ¿no? —dijo la mujer, con ojos de basilisco—. Debo pedirle que haga que esta gente abandone la sala sin armar más jaleo.

Gordo Charlie murmuró algo.

—¿Cómo dice? —preguntó la señora.

—Digo que no creo que yo pueda obligar a esta gente a hacer nada —respondió Gordo Charlie.

Se estaba consolando con la idea de que las cosas ya no podían ponerse peor cuando su padre cogió una bolsa de plástico que llevaba el tipo del bombo y empezó a sacar latas de cerveza negra y a repartirlas entre los músicos, las enfermeras y los pacientes. Luego, encendió un purito.

—Disculpe —dijo la mujer de la carpeta, que había visto el humo y había salido disparada hacia el padre de Gordo Charlie como un misil Scud con el temporizador enloquecido.

Gordo Charlie aprovechó la ocasión para escaquearse de allí. Parecía lo más sensato.

Aquella noche se quedó en su casa, esperando sentado a que sonara el teléfono o a que alguien llamara a la puerta, con el ánimo de quien se arrodiilla ante la guillotina esperando a que la hoja bese su cuello; pero al final, el timbre de la puerta no sonó.

Apenas durmió, y al día siguiente por la tarde entró en el hospital con el rabo entre las piernas, temiéndose lo peor.

En la cama, su madre parecía más feliz y más tranquila de lo que lo había estado en meses.

—Se ha ido —le dijo a Gordo Charlie al verle entrar—. No podía quedarse más tiempo. Debo decir, Charlie, que me habría

gustado que no te hubieras marchado de esa manera. Acabamos montando una fiesta. Lo pasamos en grande.

A Gordo Charlie no se le ocurría nada más deprimente que tener que asistir a una fiesta en una sala llena de enfermos de cáncer, organizada por su padre y amenizada por una banda de jazz. Pero no dijo nada.

—No es malo —dijo la madre de Gordo Charlie con los ojos resplandecientes. Luego, frunció el ceño—. Bueno, eso no es del todo cierto. Tampoco es precisamente un buen hombre. Pero me hizo mucho bien anoche. —Y sonrió, con una sonrisa genuina y, por un instante, su rostro volvió a ser el de una chica joven.

La mujer de la carpeta estaba de pie en la puerta y le hizo señas con el dedo para que se acercara. Gordo Charlie se fue hacia ella cabizbajo, y empezó a pedirle disculpas antes incluso de haber llegado lo bastante cerca como para que ella pudiera oírle. Ya no tenía aquellos ojos de basilisco con ardor de estómago, según se percató al acercarse un poco más. Su mirada era definitivamente coqueta.

24

—Su padre —le dijo.

—Cuánto lo siento —dijo Gordo Charlie. Era lo que había dicho siempre, durante toda su infancia, cuando alguien mencionaba a su padre.

—No, no, no —replicó el ex basilisco—. No tiene nada de qué disculparse. Es sólo que me estaba preguntando... Su padre... En caso de que tuviéramos que ponernos en contacto con él... no tenemos un número de teléfono ni una dirección donde podamos localizarle. Debería habérselo preguntado a él anoche, pero se me fue el santo al cielo.

—No creo que tenga teléfono —respondió Gordo Charlie—, y el mejor modo de localizarle es viajar hasta Florida, seguir la autopista AA, que es la carretera de la costa y por ella se puede llegar a casi cualquier lugar de la zona este del estado. Por las tardes lo encontrará en algún puente, pescando. Por las noches, en un bar.

—Es un hombre tan encantador —dijo con aire soñador—. ¿A qué se dedica?

—Se lo acabo de decir. Según él, es el milagro de los panes y los peces.

Ella se le quedó mirando con aire de no entender nada, y él se sintió como un idiota. Cuando su padre decía aquello, la gente se reía.

—Hum. Como en la Biblia. El milagro de los panes y los peces. Mi padre dice que él se dedica a hacer el vago y a pescar peces,* y que es un milagro cómo se gana la vida. Es una especie de chiste.

Los ojos se le empañaron de la emoción.

—Sí. Contaba unos chistes graciosísimos. —Hizo un ruido con la lengua y, una vez más, se puso seria—. Bien, necesitaré que esté usted aquí a las cinco y media.

—¿Para qué?

—Para recoger a su madre y llevarse sus cosas. ¿No le ha dicho el doctor Johnson que la íbamos a dar de alta?

—¿La mandan a casa?

—Sí, señor Nancy.

—¿Y qué pasa con el... con el cáncer?

—Por lo visto no ha sido más que una falsa alarma.

Gordo Charlie no entendía cómo podía haber sido una falsa alarma. La semana anterior habían estado hablando de enviar a su madre a una residencia para enfermos terminales. El doctor había usado frases como «semanas, no meses» y «hacerle lo más llevaderos posibles sus últimos días».

Pero, en cualquier caso, Gordo Charlie volvió a las cinco y media y recogió a su madre, que no parecía demasiado sorprendida ante la noticia de que ya no se estaba muriendo. De camino a casa le dijo a Gordo Charlie que pensaba gastarse los ahorros de toda su vida en viajar por el mundo.

—Los médicos me habían dicho que me quedaban tres meses —dijo— y recuerdo que entonces pensé: «si alguna vez salgo de este hospital, iré a conocer París, Roma y otros sitios por el estilo». Voy a volver a las Barbados, y a Saint Andrews.

* El chiste se basa en un juego de palabras intraducible: *The miracle of the loaves* (panes) and *the fishes* (peces). *Loaf* (loaves, en 3ª persona del singular) significa también «gandulear, hacer el vago», de ahí el doble sentido cuando dice: «él se dedica a hacer el vago (*the loaves*) y a pescar (*and fishes*)». (N. de la T.)

25

Quizá haga un viaje a África. Y a China. Me encanta la comida china.

Gordo Charlie no tenía muy claro lo que estaba pasando pero, fuera lo que fuese, la culpa de todo la tenía su padre. Llevó a su madre con su tremenda maleta al aeropuerto de Heathrow, y le dijo adiós con la mano en la puerta de salidas internacionales. Su madre sonreía de oreja a oreja, llevaba su pasaporte y sus billetes bien agarrados, y parecía más joven de lo que él la había visto en muchos años.

Le envió postales desde París, Roma, Atenas, Lagos y Ciudad del Cabo. En la postal que le mandó desde Nanking le decía que no le gustaba en absoluto la comida china que hacían en China, y que estaba deseando volver a Londres para comer comida china de verdad.

Murió mientras dormía, en un hotel de Williamstown, en la caribeña isla de Saint Andrews.

En el funeral, que se celebró en el Crematorio del Sur, en Londres, Gordo Charlie estuvo todo el tiempo esperando ver aparecer a su padre: a lo mejor el viejo hacía una espectacular entrada encabezando una banda de jazz, o aparecía desfilando por el pasillo con un grupo de payasos o con media docena de chimpancés montados en triciclo y fumando puros; incluso se pasó todo el servicio mirando hacia la puerta de la capilla por encima de su hombro. Pero el padre de Gordo Charlie no apareció por allí, sólo acudieron los amigos de su madre y algunos parientes lejanos, la mayor parte de los cuales eran mujeres corpulentas que lucían sombreros negros, se sonaban las narices, se secaban las lágrimas y sacudían la cabeza con aire abatido.

Fue mientras cantaban el himno de despedida, después de que apretaran el botón y la madre de Gordo Charlie avanzara sobre la ruidosa cinta transportadora que la conduciría hacia la Eternidad, cuando Gordo Charlie se fijó en un hombre más o menos de su misma edad que estaba de pie al fondo de la capilla. No era su padre, evidentemente. Era alguien a quien no conocía, alguien que le habría pasado completamente desapercibido —allí atrás, entre las sombras—, de no haber estado mirando a ver si aparecía su padre... y ahí estaba aquel ex-

traño; con su elegante traje negro, la mirada baja y las manos cruzadas.

Gordo Charlie se quedó mirándole un rato, y el extraño le miró y le dedicó una afligida sonrisa, como queriendo dar a entender que ambos compartían la misma pena. No era la clase de expresión que uno espera encontrar en el rostro de un extraño y, aun así, Gordo Charlie no conseguía ubicar a aquel hombre. Volvió la vista al frente de nuevo. Cantaron *Swing Low, Sweet Chariot* —Gordo Charlie sabía de sobra que a su madre no le gustaba nada aquella canción—, y el reverendo Wright invitó a todos los presentes a que se acercaran a casa de Alanna, la tía abuela de Gordo Charlie, a tomar un refrigerio.

No había nadie a quien no conociera en casa de su tía abuela Alanna. En los años posteriores a la muerte de su madre, se había preguntado varias veces por aquel extraño: quién era, por qué habría asistido al funeral. En ocasiones, Gordo Charlie pensaba, incluso, que había sido producto de su imaginación, sin más...

—Entonces —dijo Rosie, apurando su chardonnay—, llamarás a esa tal señora Higglér y le darás el número de mi móvil. Dile lo de la boda, la fecha... y ahora que lo pienso: ¿crees que deberíamos invitarla a ella también?

—Podemos invitarla si queremos —respondió Gordo Charlie—, pero no creo que venga. Es sólo una antigua amiga de la familia. Conoció a mi padre en los tiempos heroicos.

—Bueno, tantéala. Mira a ver si deberíamos enviarle una invitación.

Rosie era una buena persona. Había en ella algo del espíritu de san Francisco de Asís, de Robin Hood, de Buda y de Glinda, la Bruja Buena del Norte; el saber que estaba a punto de reconciliar a su verdadero amor con su repudiado padre le daba a su próxima boda una nueva dimensión, decidió. Ya no era una boda común y corriente: era más bien una misión humanitaria, y Gordo Charlie conocía a Rosie lo suficiente como para saber que jamás debía interponerse entre su prometida y la imperiosa necesidad que ésta sentía de Hacer el Bien.

—Llamaré a la señora Higglér mañana —dijo.

—¿Sabes qué? —le dijo Rosie, arrugando la nariz en un

gracioso gesto—, llámala mejor esta noche. Después de todo, en Estados Unidos todavía es temprano.

Gordo Charlie asintió. Salieron juntos de la taberna, Rosie con paso resuelto, Gordo Charlie como si fuera camino del patíbulo. Se decía a sí mismo que no fuera tonto: después de todo, cabía la posibilidad de que la señora Higglar se hubiera mudado a otra parte, o de que tuviera desconectado el teléfono. Era posible. Cualquiera cosa era posible.

Subieron al apartamento de Gordo Charlie, en el piso superior de una casa no muy grande en Maxwell Gardens, más allá de Brixton Road.

—¿Qué hora es en Florida? —preguntó Rosie.

—Media tarde —contestó Gordo Charlie.

—Estupendo. Llama ahora mismo, entonces.

—Quizá deberíamos esperar un rato. A lo mejor no está en casa.

—O quizá deberíamos llamar ya, antes de que se sienta a cenar.

28 Gordo Charlie buscó su vieja agenda de teléfonos, y en la página correspondiente a la H encontró un trozo de papel arrancado de un sobre en el que su madre había escrito un número de teléfono y, debajo, «Callyanne Higglar».

El teléfono dejó sonar varios tonos.

—No está en casa —le dijo a Rosie, pero, justo en ese momento, alguien contestó al otro lado del hilo, una voz femenina.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Esto... ¿Es la señora Higglar?

—¿Quién llama? —preguntó la señora Higglar—. Si es usted uno de esos malditos comerciales, más le vale borrarne inmediatamente de su lista o le pongo una querrela. Conozco mis derechos.

—No. Soy yo. Charles Nancy. Hace años vivía en la casa de al lado de la suya.

—¿Gordo Charlie? Vaya una casualidad. Me he pasado toda la mañana buscando tu número. Lo he puesto todo patas arriba, a ver si lo encontraba, ¿te quieres creer que no ha habido manera de que aparezca? A mí me da que lo apunté en

una libreta vieja de ésas donde llevo yo mis cuentas. Pues ya te digo, lo he puesto todo patas arriba. Y luego me he dicho, Callyanne, ésta es una buena ocasión para rezar y esperar que el Todopoderoso te escuche y te ilumine, y entonces me he puesto de rodillas, bueno, la verdad es que mis rodillas no andan muy católicas, así que sólo he juntado las manos, pero nada, que ni así he sido capaz de encontrar tu número, y mira por dónde, vas tú y me llamas, y la verdad es que mucho mejor así, en cierto modo, sobre todo porque no ando muy bien de dinero y no puedo darme el lujo de llamar al extranjero, aunque sea para una cosa como ésta, pero iba a llamarte de todos modos, claro, dadas las circunstancias...

Y, de repente, hizo una pausa, ya fuera para coger aire o para beber un sorbo de la enorme taza de café hirviendo que llevaba siempre en su mano izquierda, y Gordo Charlie aprovechó aquel instante de silencio para decir:

—Quiero pedirle a mi padre que venga a mi boda. Voy a casarme.—Se hizo un silencio al otro lado del hilo telefónico—. Aunque todavía falta, será a finales de año.—Al otro lado se guió oyéndose el silencio—. Se llama Rosie —añadió, tratando de ser amable.

Empezaba a preguntarse si no se habría cortado la comunicación; por lo general, las conversaciones con la señora Higglar eran más bien monólogos, solía ser ella la que hablaba por los dos, y ahí estaba ahora, dejándole pronunciar tres frases seguidas sin interrumpirle. Finalmente, decidió aventurarse con la cuarta.

—Usted también está invitada, si le apetece venir —dijo.

—Ay, Dios mío, Señor, Señor —dijo la señora Higglar—.

Pero ¿es que nadie te lo ha dicho?

—¿Decirme qué?

Así que se lo contó, con pelos y señales, mientras él la escuchaba sin decir una sola palabra, y cuando ella terminó de hablar, dijo:

—Gracias, señora Higglar. —Anotó algo en un trozo de papel y, luego, continuó—: Gracias. No, en serio, gracias. —Y colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó Rosie—. ¿Te ha dado su número?

Gordo Charlie respondió:

—Mi padre no vendrá a la boda —y añadió—: Tengo que ir a Florida. —Su voz era monótona, no reflejaba emoción alguna. Lo mismo podía haber dicho: «Tengo que pedir una chequera nueva».

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Por qué?

—El funeral. El funeral de mi padre. Ha muerto.

—Oh. Lo siento. Lo siento muchísimo. —Le rodeó con sus brazos y lo estrechó contra sí. Él se quedó inmóvil como el maniquí de un escaparate—. ¿Cómo ha...? ¿Qué le...? ¿Estaba enfermo?

Gordo Charlie negó con la cabeza.

—No quiero hablar de ello —le dijo.

Rosie le abrazó con fuerza, y asintió con aire comprensivo, y luego le soltó. Pensó que debía de estar demasiado apenado en ese momento para hablar de ello.

No lo estaba. No era que sintiera demasiada pena. Lo que sentía era una vergüenza espantosa.

30

Debe de haber unas cien mil maneras respetables de morir. Tirarse desde un puente para salvar a un niño pequeño de morir ahogado, por ejemplo, o ser acribillado a balazos intentando hacer frente a una banda de criminales. Dos formas de morir perfectamente respetables.

A decir verdad, incluso hay algunas maneras de morir bastante menos respetables que, con todo, habrían sido preferibles. La combustión espontánea, por ejemplo: desde el punto de vista médico es algo chungu y en términos científicos bastante improbable, pero aun así, la gente sigue empeñada en abrasarse, sin dejar tras de sí nada más que una mano carbonizada aferrada todavía a un cigarrillo a medio consumir. Gordo Charlie había leído algo sobre esa cuestión en una revista; no le habría importado que su padre se hubiera marchado de ese modo. O incluso que hubiera muerto de un ataque al corazón persiguiendo a los tipos que le habían robado el dinero de la cerveza.

Así es como murió el padre de Gordo Charlie:

Había llegado temprano al bar y había estrenado la noche de karaoke cantando *What's New Pussycat?* Según la señora Higgle, que no lo había presenciado, había cantado a voz en cuello con tal potencia que, de haber sido Tom Jones, le habrían llovido bragas y sujetadores, y acabó valiéndole una cerveza gratis por cortesía de varias turistas rubias procedentes de Michigan que pensaban que aquel tipo era lo más mono que habían visto en su vida.

—Fue culpa de ellas —le había dicho amargamente la señora Higgle—. ¡Ellas le jalearon!

Aquellas mujeres iban embutidas en estrechos tops, estaban coloradas como gambas de tanto tomar el sol y eran tan jóvenes que podrían haber sido sus hijas.

Enseguida, él se sentó a su mesa, se puso a fumar sus puros y a insinuar que había pertenecido a los servicios de Inteligencia del Ejército durante la guerra, aunque tuvo buen cuidado de no especificar en qué guerra, y presumió ante ellas diciéndoles que podía matar a un hombre de doce maneras diferentes con sus propias manos sin despeinarse siquiera.

Luego, sacó a bailar a la más rubia y tetona de todas mientras, en el escenario, una de sus amigas cantaba *Strangers in the Night*. Parecía estar pasándolo de maravilla, aunque la turista era bastante más alta que él y tenía la boca tan grande como las tetas.

Y entonces, acabado el baile, anunció que era otra vez su turno y, teniendo en cuenta que si algo se podía decir del padre de Gordo Charlie era que estaba bien seguro de su heterosexualidad, se arrancó a cantar *I Am What I Am* para todos los presentes pero, en especial, para la turista más rubia de todas, que estaba sentada en la mesa que quedaba justo debajo del escenario. Echó el resto. Había llegado ya a aquello de que, para él, su vida no valía un pimiento si no podía decir a los cuatro vientos que él era lo que era, cuando se le puso una cara rara, se llevó una mano al pecho y estiró la otra hacia delante, y se cayó, tan despacio y con tanto estilo como es posible caerse, del improvisado escenario o sobre la rubia turista, y de allí al suelo.

31

—Es exactamente como él habría querido irse —suspiró la señora Higler.

Y entonces le contó a Gordo Charlie cómo su padre, en un último gesto, mientras caía, se agarró a algo que resultó ser el top de la rubia, y algunos pensaron que se había arrojado desde el escenario en un arrebato de lujuria con el único propósito de dejar al descubierto las tetas de la chica, porque allí estaba ella, gritando, con sus tetas mirando directamente al público presente, mientras seguía sonando la música de *I Am What I Am*, sólo que sin la voz.

Cuando, finalmente, los espectadores se dieron cuenta de lo que había pasado en realidad, guardaron dos minutos de silencio y llevaron fuera al padre de Gordo Charlie y lo metieron en una ambulancia mientras la rubia daba rienda suelta a su historia en el lavabo de señoras.

Eran aquellos pechos los que Gordo Charlie no lograba quitarse de la cabeza. En su imaginación, le seguían con su acusadora mirada por la habitación, como los ojos de un cuadro. Sentía la acuciante necesidad de disculparse ante una sala llena de gente a la que jamás había visto. Y el saber que su padre habría encontrado aquello increíblemente divertido lo hacía sentirse todavía más humillado. No hay nada peor que sentirse avergonzado por algo que ni siquiera has presenciado: tu mente reconstruye la escena una y otra vez, exagerando los detalles, presentándotela desde todos los ángulos posibles. Bueno, quizá tu mente no, pero la de Gordo Charlie, desde luego, sí.

Por regla general, Gordo Charlie sentía la vergüenza en los dientes y en la boca del estómago. Si mientras estaba viendo la televisión presentía que estaba a punto de suceder algo que remotamente sospechaba iba a provocarle un ataque de vergüenza ajena, Gordo Charlie se levantaba de un salto y apagaba el televisor. Y si eso no era posible porque, pongamos por caso, había más gente viendo la tele con él, entonces, abandonaba la habitación con cualquier pretexto y esperaba hasta estar seguro de que había pasado el momento presuntamente embarazoso.

Gordo Charlie vivía en la zona sur de Londres. Había llegado allí a la edad de diez años, con un acento americano que lo

había convertido en objeto de constantes burlas y del que se había desprendido a base de grandes esfuerzos —no paró hasta extriparse la última consonante palatalizada y conseguir suavizar sus sonoras erres y, además, aprendió a utilizar correctamente la palabra *innit*—. * Finalmente, cuando cumplió los dieciséis, había logrado borrar por completo su acento americano, y justo entonces, sus compañeros de clase descubrieron que lo que de verdad molaba era hablar como los chavales de barrio americanos. De repente, todos menos Gordo Charlie imitaban el modo en que hablaba Gordo Charlie cuando llegó a Inglaterra, sólo que él jamás habría podido usar en público aquel lenguaje sin que su madre le hubiera cruzado la cara de un sopapo.

El secreto estaba en la voz.

Una vez empezó a desaparecer la vergüenza que sintió al enterarse de cómo había muerto su padre, Gordo Charlie se sintió simplemente vacío.

—Ya no tengo familia —le dijo a Rosie, en un tono que era casi de enfado.

—Me tienes a mí —respondió ella. Aquello hizo sonreír a Gordo Charlie—. Y también tienes a mi madre —añadió, y la sonrisa se le borró inmediatamente de la cara. Rosie le besó en la mejilla.

—Podrías quedarte a pasar la noche conmigo —sugirió él—, para consolarme y eso.

—Podría —respondió—, pero no voy a hacerlo.

Rosie no iba a acostarse con Gordo Charlie hasta que no estuviesen casados. Decía que ella misma había tomado esa decisión, y que la había tomado a los quince años; entonces aún no conocía a Gordo Charlie, pero así lo había decidido igualmente. Así que le dio otro abrazo, un abrazo largo. Y le dijo:

—Necesitas hacer las paces con tu padre, lo sabes. —Y se marchó a casa.

Gordo Charlie pasó una mala noche: durmió a ratos, a ratos

* *Innit*: (contracción de *isn't it*) especie de muletilla característica del habla de la zona sur de Londres, donde parece tener su origen, y cuyo uso está ya bastante generalizado en el lenguaje coloquial de los jóvenes. (*N. de la T.*)

se despertó y se puso a darle vueltas a la cabeza y, luego, volvió a dormirse.

Al amanecer ya estaba levantado. Cuando llegara la hora de empezar la jornada de trabajo, llamaría a su agente de viajes y le preguntaría si había ofertas para viajes funerarios a Florida, y también llamaría a la Agencia Grahame Coats para decirles que acababa de producirse una muerte en su familia y que, debido a ello, tendría que tomarse unos días libres y que sí, que ya sabía que se los descontarían de sus vacaciones o de los días de baja por enfermedad. Pero de momento se alegraba de que el mundo siguiera aún en silencio.

Fue por el pasillo hasta la minúscula habitación que había al fondo; estaba vacía, y la ventana daba a los jardines. Se oía ya el coro del amanecer, y vio mirlos, gorriones que avanzaban a saltitos sobre el seto y un zorzal de pecho moteado que estaba posado en la rama de un árbol cercano. Gordo Charlie pensó que un mundo en el que los pájaros cantaban por la mañana era un mundo normal, razonable, un mundo del que no le importaba formar parte.

34

Más tarde, cuando los pájaros se convirtieron en animales terrestres, Gordo Charlie seguiría recordando aquella mañana como algo bueno y hermoso, pero también como el punto en el que todo comenzó. Antes de que apareciese la locura; antes de que el miedo se instalara en su vida.